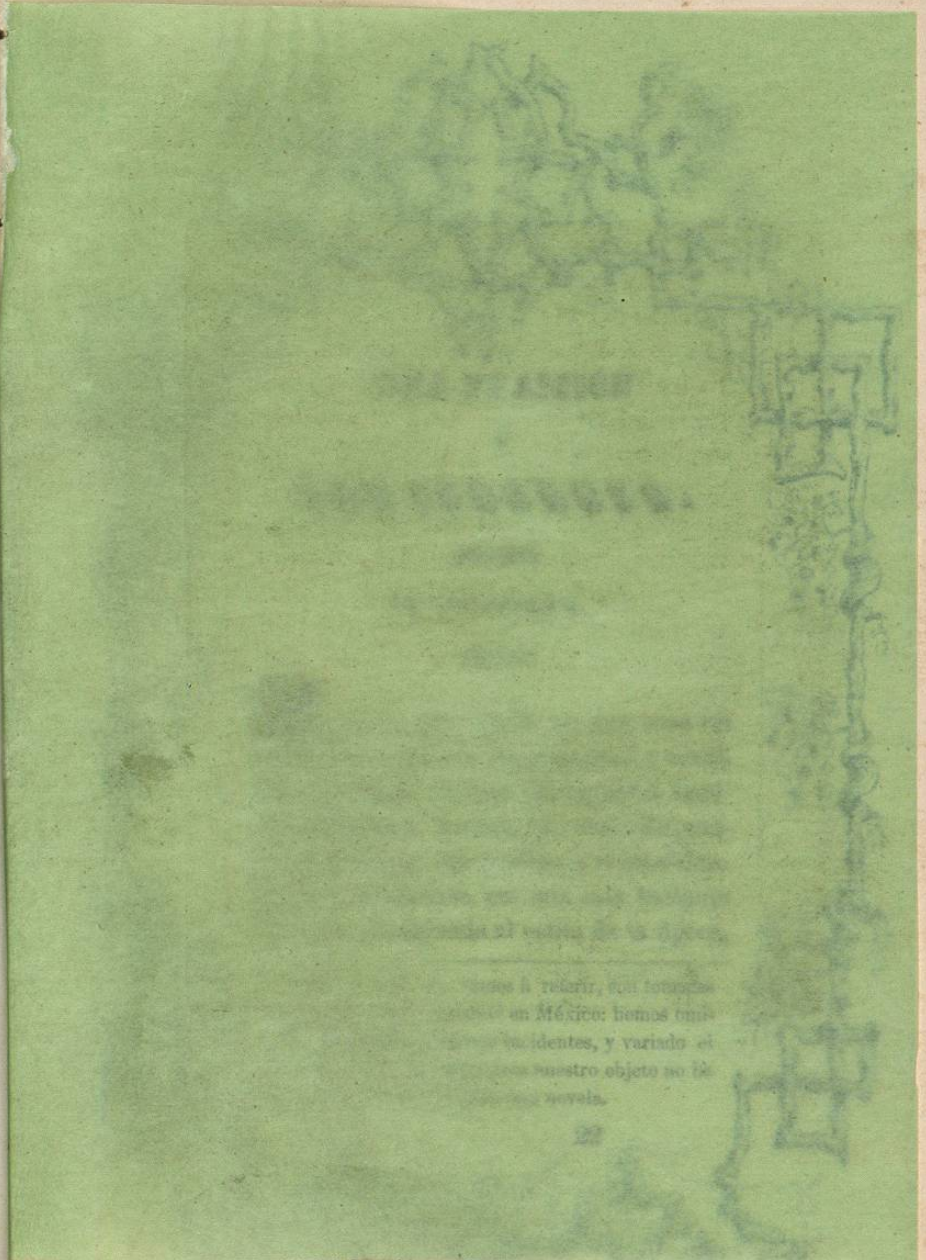




Thomas Paine

London St.





UNA TRAICION
Y
UNA VENGANZA.

— — — — —
EL CONCIERTO. *

— — — — —
DE daba una noche en una casa un magnífico concierto instrumental y vocal, al que asistían las más distinguidas familias de México. La función estaba dispuesta con el mayor lujo posible, y el local donde debía verificarse, era una sala bastante espaciosa, iluminada al estilo de la época,

* Las escenas que vamos á referir, son tomadas de un caso cierto, sucedido en México: hemos omitido, sin embargo, algunos incidentes, y variado el nombre de las personas, pues nuestro objeto no ha sido otro que el de escribir una novela.

por un hermoso candil de cristal, en que ardian diferentes luces, combinadas con otra multitud, que puestas en elegantes candelabros, se repartian por el resto de la pieza. Aquella luz era mas que suficiente para dejar ver un cielo raso de buen gusto, y los lujosos y esquisitos cuadros que rodeaban la sala, representando algunos pasos del antiguo Testamento. Como se esperaba mucha concurrencia, se habian dispuesto las sillas en tres órdenes ó hileras, para poder contenerla. En las puertas de los balcones se veian ricas colgaduras encarnadas y blancas, sostenidas por flechas de laton, llenas de relieves. Al frente de la puerta por donde se entraba, estaba colocado un magnífico piano ingles de cola, de voces brillantadas y muy sonoras; el teclado era de toda la estension, y la madera del piano, la llamada de rosa. En el centro de la sala se veian varios atriles, para los papeles que se habian de tocar.

A las ocho y media de la noche, la sala estaba completamente llena de un numeroso concurso: las señoras, luciendo sus suntuosos vestidos y adornos, daban un encanto mayor á la funcion: sedas y terciopelos, blondas trapeadas, oro y pedrería, era en la mayor parte, con lo que estaban adornadas: en todo brillaba el buen gusto. Entre las señoras que allí estaban, se veía una jóven que apenas rayaria en los diez y ocho años.

Su fisonomía era dulce y espresiva; sus grandes ojos, negros, rasgados, daban gran realce á la blancura de su rostro: su tez era suave y delicada; sus facciones, todas finas y proporcionadas; advirtiéndose en su conjunto cierto aire de bondad y candor, si bien sus miradas y sus movimientos revelaban mucha viveza, ó tal vez una secreta inquietud que la oprimia. Llevaba un vestido de seda color de rosa, y se recogia en su esbelta y delicada cintura un *sobre-veste* de punto blanco trapeado. Por sobre de su pecho pasaban de uno á otro lado unos cordones violados, entretejidos en forma de red, y la fina *camisola* de su vestido dejaba ver un seno de alabastro, y aun se notaba su respiracion. Un grueso hilo de ámbar rodeaba su garganta, tan blanca, tan tersa y bien formada, que parecia la de la Vénus de Fidias. Sus torneados brazos estaban cubiertos, hasta la mitad, por un guante de seda blanco, bordado de oro y acero: su negro y largo pelo, en fin, hecho rizados, le caía sobre la espalda.

El concierto comenzó: los jóvenes filarmónicos, que ocupaban el centro de la sala, comenzaron á tocar la brillante obertura de *Norma*. Los suavísimos acentos de aquella pieza, llena de melancolía y de espresion, llamaron la atencion general, inspirando bien pronto, aun en los pechos mas helados,

sensaciones dulcísimas del todo nuevas; porque la música, y sobre todo la de *Norma*, habla al corazón, y despierta las ilusiones que yacen dormidas en su fondo. Concluida la obertura, la sala quedó mas despejada; pues los jóvenes filarmónicos salieron de allí con sus instrumentos, y entonces siguió la parte del canto. Una señorita acompañada del piano, cantó una aria coreada, concluyendo con la de *Casta Diva*. La dulzura de su voz era tanta; recorría con tal facilidad una escala desde la nota mas grave hasta la agudísima; y su voz firme, melodiosa y llena de espresion sostenía tanto una nota, que al tiempo de concluir, recogió miles de entusiasmos y sinceros aplausos. Mientras pasaban estas escenas, la joven de que hemos hablado, permanecía á ratos con los ojos bajos, y otros los levantaba y los dirigía á la puerta, y en seguida se ruborizaba, y volvía á inclinarlos; porque sus miradas se dirigían á dos hombres que se hallaban de pié á la entrada del salón. El uno era joven, de regular presencia y elegante vestido; sus facciones se alteraban frecuentemente, y su fisonomía revelaba algun pesar secreto.—El otro era mas entrado en edad; pero su vigor y su presencia eran de un joven. Los dos entre sí se miraban siniestramente, y en sus ojos se leía una oculta conmocion. Cuando concluyó el canto, salió al

corredor el joven, y se empezó á pasear á lo largo: á pocos minutos salió el segundo, y con tono afectuoso le dijo:

—¿Qué le ha parecido á vd. el concierto?

—Bueno.

—¿No mas bueno?

—Todo lo que vd. quiera.

—Pues á mí me ha parecido excelente.

—Lo mismo á mí.

—En esta señorita he creído oír á la ponderada Pellegrini.

—Está bien.

—Supongo que vd. está un tanto incómodo, y por eso me retiro.

—Corrientes.

—Porque tal vez de lo contrario... reñiríamos.

—Corrientes.

—No tengo muy buen genio.

—Ni yo tampoco.

—Pues vale mas evitar un disgusto.

—Como vd. quiera.

—Quede vd. con Dios.

—Gracias.

Y ámbos se separaron; pero ántes se lanzaron una terrible mirada.

A las once de la noche se tocó la grande obertura del acreditado compositor mexicano D. Joaquin Beristain, cuya muerte, á los veinte y tres años de su edad, segó las

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

esperanzas que tenían sus compatriotas, de presentar un génio músico, solo comparable con Rossini ó Donizetti.

Después siguieron otras piezas de canto, sacadas de óperas bufas, como el *Elixir de amor*, la *Escaramuza* y *Belli*. La jóven de que hemos hablado, salió con otras señoras al corredor, porque deseaba el fresco, y al verla, se reunieron los hombres de la conversacion anterior. Luego se dejaba ver que eran dos rivales; pero aun no llegaba el tiempo en que haciendo proezas de valor, conquistaran á punta de espada la mano de la señora de sus pensamientos.—Isabel, dijo el mayor de ellos: habeis estado triste en el concierto, y á fé mia, que no ha habido funcion de mas gusto.

—No, no he estado triste, por cierto.

—Tal me ha parecido, dijo el jóven; ni cómo podia estar triste Isabelita, cuando no tiene sino muchos motivos de gozo y alegría. ¿No es verdad, Isabel? Después, con amarga ironía, prosiguió: No dudo que léjos de estar triste Isabelita, mil ilusiones risueñas ocuparán su mente. ¡Tiene tanto atractivo la riqueza! ¡Eso de relacionarse con personas de alto quirió, es muy halagüeño!

—Enrique, dijo Isabel sonrojándose: hablais de broma, pero....

—¡De broma! No, Isabel, me lo dicta el corazón, y vos lo sabeis.

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA. 151

Durante este diálogo, las otras señoras hablaban entre sí del concierto, y el rival se habia separado, para saludar á un general que salia del salon. Isabel y Enrique conversaban en voz baja.

—Os decia, Enrique, continuó Isabel, que sois en extremo ligero para juzgar con tanta facilidad.

—No señora, no es ligereza. ¡Ojalá lo fuera! No llevara entónces en el corazón esa espina punzante, esa agonía lenta y bárbara que me destroza.

—Yo os juro que son frívolos vuestros celos, son infundados.

—¿Lo jurais?

—Por mi honor, Enrique.

—De lo contrario.... no respondo de mis acciones.... venganza.... sí, pero venganza horrible.... ¿Lo ois?

En este momento cesaban las armonías de la música; el concierto habia concluido, y muchas personas salian de la sala. Enrique se aprovechó de la multitud, y acercándose á Isabel, le dijo con emocion:

—Isabel, acordaos de vuestro juramento. ¿Me prometeis constancia?

—Sí.

—¿Jurais que despreciareis á D. Juan, y solo sereis mi esposa?

—Sí, sí, todo lo juro.

—Dadme vuestra mano.... Isabel, con-

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

cluyen mis penas. Desde ahora os amo mas, porque ya no tengo temores. Adios.

—Supongo que el sábado ireis á casa.

—Sí iré.

—Cuidado con faltar. Adios, Enrique.

Discretamente estrechó Enrique la mano de Isabel, y se ausentó ya sin temores de inconstancia por parte de su querida.

A las doce de la noche salian Isabel y D. Juan, con el resto de la familia.

II.

.....
"Triste de aquel que de mugeres fia."

Ocho dias habian pasado de estos sucesos: la calma y la tranquilidad habian renacido en el corazon de Enrique, que habia gozado muchas horas de inocente conversacion con Isabel. Mas siempre al despedirse le ecsigia los mismos juramentos de constancia.

Una mañana se dirigia Enrique á la casa de su amada, cuando encontró un amigo.

—¿Adónde te diriges? le preguntó éste.

—Voy á visitar á Isabelita ***.

—Estará contentísima.... Sabes, me repugna la dichosa Isabelita, por su vanidad.... casarse sin amor.... solo por el interes....

—¿Cómo! ¿Con quién se casa?

—Toma. ¿Pues qué no lo sabes?

—Nada sé.

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA. 153

—Pues señor, escúchame: la pretendia no sé quién, y ella correspondió; pero el novio era pobre, y esto bastó para desagradarla: un medio rico, D. Juan *** se presentó, ofreció dinero, y.... pero ¿qué te sucede, Enrique? Tú pierdes el color, y se te encienden los ojos... Apostaria á que eres el amante desechado... Si es así, tienes razon...

—Dime, exclamó Enrique conteniéndose, ¿es cierto lo que dices?

—Como estar tú parado.

—¿Pero en qué te fundas?—No lo dudes, Enrique; mi hermano va á ser testigo, y esta noche es el casamiento.

—¿Esta noche?—A las ocho. Vaya, que siendo tú visita de la casa no lo sepas, es muy extraño. Nada, lo dicho, tú eres el novio.

—¿No me engañas, hombre?

—Dale: ¿quieres mas pruebas?

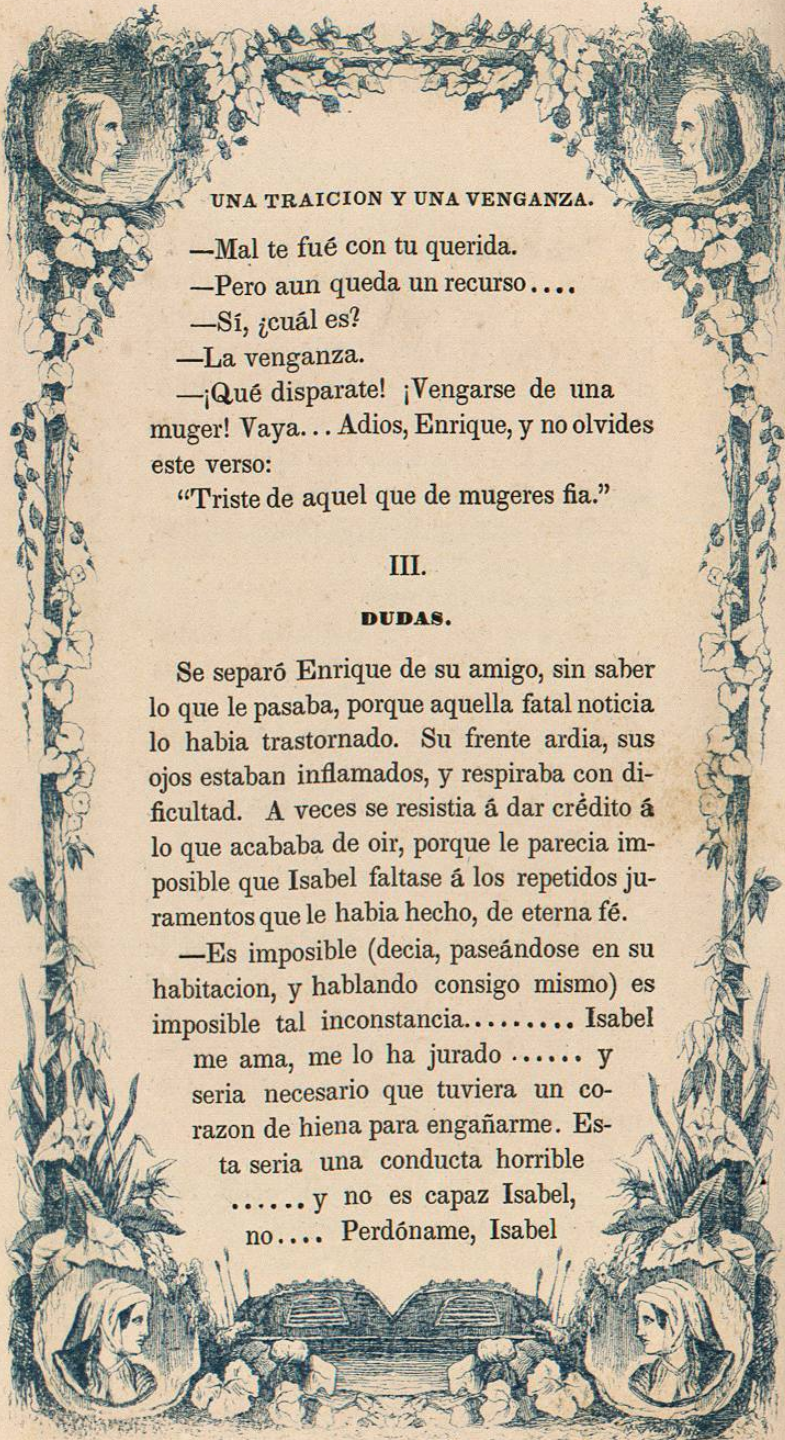
—Sí quiero.

—Mira: allí viene un criado de la casa; le preguntarémos.—Dispense vd., amigo, ¿qué fiesta hay en la casa?—Que se casa la niña con el Sr. D. Juan *** en esta misma noche. Ya viene el repostero, que ha de poner el refresco.—Gracias, amigo.

El criado siguió su camino.

—¿Lo ves? Te has quedado atónito con la noticia.—Adios; nos veremos.

—Espera un rato.—No puedo, adios.



UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

—Mal te fué con tu querida.
—Pero aun queda un recurso....
—Sí, ¿cuál es?
—La venganza.
—¿Qué disparate! ¡Vengarse de una muger! Vaya... Adios, Enrique, y no olvides este verso:
"Triste de aquel que de mugeres fia."

III.

DUDAS.

Se separó Enrique de su amigo, sin saber lo que le pasaba, porque aquella fatal noticia lo habia trastornado. Su frente ardia, sus ojos estaban inflamados, y respiraba con dificultad. A veces se resistia á dar crédito á lo que acababa de oír, porque le parecia imposible que Isabel faltase á los repetidos juramentos que le habia hecho, de eterna fé.

—Es imposible (decia, paseándose en su habitacion, y hablando consigo mismo) es imposible tal inconstancia..... Isabel me ama, me lo ha jurado y seria necesario que tuviera un corazon de hiena para engañarme. Esta seria una conducta horrible y no es capaz Isabel, no.... Perdóname, Isabel

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA. 155

mia....el que por un instante haya dudado de tu fé.... pero.... soy un nécio.... ¿no he oido á su criado? ¿No he visto con mis propios ojos los preparativos de la boda? ¡Oh!

Y Enrique se golpeaba contra las paredes, se mesaba los cabellos, y derramaba llanto.

—¿Boda dije?....No, no habrá boda.... sangre....sí, sangre es lo que deseo, y la derramaré á toda costa.... con mi mano. Yo veré á mi odioso rival.... le clavaré en el pecho un puñal... y le despedazaré el corazon; y cuando él se revuelque en su negra sangre....conduciré á aquel lugar á Isabel.... y le diré: mira á tu amante ó á tu esposo....acércate....ese lago de sangre es tu....tálamo nupcial. ¿Lo entiendes? ¿No querias unírte con él? ¿Pues qué te detiene? Y caeria tambien sobre ella.... y me gozaria en sus tormentos... y sus gritos de agonía.... me serian tan dulces...como el canto epitalámico.... me recrearia en sus convulsiones horribles.... y.... Mas.... ¿qué digo? ¡Desdichado! ¡Oh tormento! ¡Oh furia de los celos.... Isabel es inocente, y yo un débil....pero.... y lo que he oido... lo que he visto.... no cabe duda....es cierto, es cierto mi mal. ¡Oh Dios mio!

Enrique cayó desvanecido en un sillón; cerró los ojos, y un sudor frio cubria su rostro; de cuando en cuando se estremecia y apretaba los puños. Una hora despues sa-